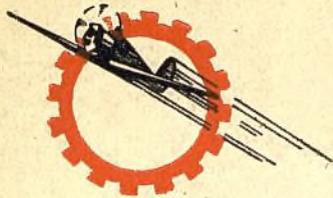


larea



¡Carriola España!

Suplemento al núm. 9
dedicado a la memoria
de JOSÉ ANTONIO

“...nuestro José Antonio forma en los
luceros con su vieja guardia. José
Antonio se nos fué para siempre. Pe-
ro su recuerdo vivirá para siempre en
nuestros corazones como vive en el
corazón y en la mente del Caudillo”.

*Del discurso de Raimundo Fernández Cuesta.
Valladolid, 18 Julio 1938.*

ILUSTRACIONES DE RUESGA



T A R E A

Continuidad de la Falange

La voz de Franco, influida de emoción, dió cuenta a su Consejo Nacional de la certeza, apoyada en pruebas irrefutables, de la muerte de nuestro José Antonio. El Caudillo, que tiene hoy en su espada y en su mente los rumbos de la Patria, en el día en que ella se le reiteró fervorosamente adicta; en el día en que sintió sobre sí renovada la esperanza de los españoles, ante la comunidad fundida del Consejo, habló de José Antonio, primer jefe de la Falange, y expresó su férvido propósito de señalar la desaparición del Ausente y exaltar por la manera nacional adecuada la memoria del caído.

Quedaban dichas las palabras y sólo los hechos eran capaces de llenar con la amplia elocuencia de su realidad la honda sima dolorosa y trágica.

Estaban lanzadas desde 1933 unas considerables promesas que al momento de surgir le abrían, por el gesto duro y difícil del sacrificio, la vía de su efectividad, y para el cumplimiento de las promesas insólitas, como heroica rúbrica caballerescas del compromiso, entregaron su sangre los jóvenes adalides de una España mejor y por el alcance de su ardiente anhelo caía después en la máxima promesa de sus treinta y tres años nuestro José Antonio.

A través de la descomposición, la decadencia y la esclavitud de la Patria, la Falange columbraba tras una etapa de rigores, frente a la dispersión, la Unidad; frente al desmoronamiento, la Grandeza, y frente a la servidumbre, la Libertad de la Nación.

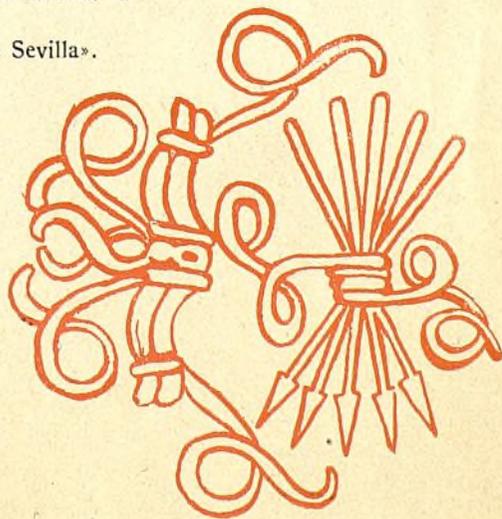
El Señor no quiso apagar a España en una gris evolución pacífica y nos ofreció para ganar la perdurable paz fecunda el cáliz de un largo batallar cruento. El 18 de Julio una prisión injusta nos privaba de José Antonio; unos hierros le tenían cortado su vuelo de águila caudal, pero su espíritu, llevado por él a la intemperie hostil, estaba en la entraña misma del Alzamiento y como impulso acuciante alentaba en la resolución heroica de Franco, a cuyo pulso firme y a cuya guía segura se entregó el ardor del Ejército y de las Milicias.

Más tarde el proceso de continuidad se reafirma y la corriente de la Tradición queda integrada, con la Falange Española de las J. O. N. S., en la Falange Tradicionalista, a cuyo frente—ya existían vehementes indicios de la muerte de José Antonio—se alza Franco, Generalísimo de los Ejércitos, que lleva como base programática del Estado que rige los 26 puntos iniciales.

Y ahora, ante la plena certeza de la muerte del fundador, el Caudillo que realiza sus esperanzas ratifica el lema irrevocable de su gran empresa.

José Antonio, que no quiso para su vida terrena ni tregua ni sosiego, está ya en el descanso eterno. Pedimos para él la felicidad del cielo que un magnífico poeta de España trataba de definir en «ver a Dios, vestir luz, pisar estrellas», y para nosotros queremos, como siempre pidió la Falange, que se nos niegue el reposo para seguir al servicio de esta continuidad providencial que España ganó con el don del Caudillo, y a su voz de mando secundarle para que, a sangre y fuego en el parapeto y a esfuerzo abnegado en la retaguardia, se vaya, por el cumplimiento de la Revolución que España tiene pendiente, a coronar la fértil realidad del Estado Nacional Sindicalista.

«F E, de Sevilla».





JUSTICIA

¡José Antonio! el silbar del viento clama de continuo
 ¡José Antonio! el eco suspira con temblor de trino.
 Sembrador que, esparciendo semilla, salvaste la altura,
 ya está España despierta y te busca por tu sembradura.

A la luz emotiva del alba que tú presentías,
 y al compás de los versos de hierro que tú preferías,
 va hacia tí con el paso resuelto, la risa en los labios,
 y un cortejo de apóstoles, mártires, atletas y sabios,
 a entregarte, vibrante y dichosa, la efusión de su alma
 y el laurel de las claras victorias: el cetro y la palma,
 a poner en tus manos llagadas con torpe sevicia,
 como en cáliz de bronce que se unge, óleo de justicia.

¡José Antonio! el silbar del viento clama de continuo
 ¡José Antonio! el eco suspira con temblor de trino.
 ¿Dónde estás, amador vehemente de la ciencia gaya,
 que nos envías mensajes de fuego desde tu atalaya?
 ¿Tras qué muros espesos te encuentras que no ves, la-
 (tente

al corcel de tus sueños que tasca el freno, impaciente?
 Las sirenas te invocan por todos los mares de España,
 te reclaman ceñidas las águilas sobre las montañas;
 y la magna turquesa del cielo, tu azul testimonio,
 encendida parece que grita también: ¡José Antonio...!

¡José Antonio! el silbar del viento clama de continuo
 ¡José Antonio! el eco suspira con temblor de trino.

ENVÍO

José Antonio, saliente y señero profesor de ausencia:
 pues estás, sin estar, dondequiera, de amor es tu ciencia,
 de esa luz misteriosa y fecunda, de brillo esotérico,
 que, abrasando los ojos, estalla en el verso homérico;
 de ese fuego inmortal que en Aquiles inflamó el destino
 para hacer esplendente y glorioso su breve camino,
 de ese amor que en Licurgo, el ausente precursor genial,
 se hizo núcleo y fué para España substancia espinal.

ERNESTO BURGOS.



T A R E A

Presente en nuestro afán

¡José Antonio...! A nosotros llegan noticias de tu muerte. ¡Es algo que presentíamos y que temíamos al mismo tiempo! Ante la terrible verdad nos resistíamos a creerlo. ¡Nó queríamos! No podíamos nunca soñar que en corazones humanos se albergase tanta crueldad, pero ya hemos visto que sí. La fiera roja-judío-moscovita, enemiga de todo lo que significase grandeza, anda suelta por nuestro suelo, y al sentirse acorralada y próxima a perecer, busca para desahogar su odio y su impotencia a aquellos seres que nos puede causar más daño y dolor su muerte.

¡Tú has sido víctima de ellos!

¿Por qué?

¡Por haberte sentido español y patriota; por haber arrastrado con gallardía y entereza los insultos y las amenazas de la canalla roja envilecida y sanguinaria, tocada con el pañuelo escarlata, símbolo de destrucción y de muerte!

Porque hicistes que la juventud española encontrase en los postulados de tu doctrina Nationalsindicalista, su verdadera posición y norma de vida ante el mundo.

Porque fuistes tú el que devolvistes al ejército la fe en sí mismo y en su misión, y le devolvistes a España el sentido guerrero de otros tiempos.

Porque fuistes tú el propulsor de esa Revolución Nationalsindicalista, por el cual un pueblo se alza en vilo hasta las alturas que le señalaron los sueños de sus muertos.

Porque fuistes tú, quien subido al caballo del dolor, marchastes hacia el horizonte del destino heroico.

Porque fuistes tú, el que hicistes resurgir en los pechos de los verdaderos españoles el amor patrio, inculcando en nuestras almas el sentido del servicio y sacrificio.

Porque fué por tí (y con tu nombre en los labios y en el alma), porque salieron de las ciudades, de los pueblos y aldeas, miles de centurias con ropaje azul y el rojo del yugo y las flechas sobre el corazón, dispuestos a morir por Dios, por España y su Revolución Nationalsindicalista.

Cuando avanzan las centurias con banderas desplegadas al viento, parece que la tierra se cubre con los ropajes del cielo.

¡José Antonio! El lucero más grande y más blanco es el tuyo; desde allá arriba, sobre tu trono de plata, nos alienta a seguir en esta gigantesca tarea, iluminando con los reflejos de la gloria que tú alcanzastes, el camino por donde ha de avanzar a paso de carga el gran Imperio Español que tú soñastes, hasta conseguir el puesto que por derecho propio le corresponde en el concierto de los grandes pueblos.

¡José Antonio! Tu alma voló hacia el infinito junto a las de otros camaradas, pero tu espíritu está aquí, con nosotros, donde vivirá eternamente, cuidado con amor y celo por miles de corazones donde anida un gran amor a la patria y a tu memoria.

¡José Antonio!

¡PRESENTE! ¡PRESENTE! ¡PRESENTE!

EMILIANO DELGADO.



T A R E A

Como fué sentenciado José Antonio

Día tras día se había venido demorando la instrucción del proceso. El hecho innegable de que José Antonio se hallaba preso desde los comienzos del Frente Popular, y por lo tanto antes de la incubación del glorioso Alzamiento, dificultaba en grado superlativo la acusación. Pero para ello se contaba con la cooperación de Lino Martín Carnicero. Su odio a cuantos fuesen superiores a él en cualquier terreno le inspiró el procedimiento acusatorio. Era muy sencillo. José Antonio había conseguido la complicidad de los oficiales de la prisión, y con su cooperación pudo participar en el Alzamiento. No importaba que ello representase la condena a muerte de unos inocentes. Lo importante, lo verdaderamente importante, era conseguir la condena del Jefe nacional.

El eficazísimo bombardeo que la aviación nacional llevó a cabo en Alicante, destruyendo casi todos los objetivos militares—SIN CAUSAR NI UNA SOLA VICTIMA—decidió la tramitación de la causa.

Se instruyó el sumario en breves—cuatro o cinco—días. Para el juicio hubo que introducir modificaciones en el tribunal. El Bohórquez abandonó la fiscalía, que fué ocupada por el propio Vidal Gil, que se proponía “dar un baño” a José Antonio. Este se defendió a sí mismo y a sus familiares. La defensa de los oficiales de la prisión estuvo a cargo de un abogado muy conocido en Alicante, don Ramón Campos, buena persona, pero cobarde, cobarde en grado sumo, y además falto de nervio para tales empresas.

Quien presenciara aquellas sesiones no podrá olvidarla jamás. La espléndida serenidad de José Antonio, su talento maravilloso, su excepcional facultad dialéctica, su oratoria forense, pulcra y elegante, y sobre todo su valor, su heroico y frío valor, le hicieron arrollar, destruir, humillar a aquel fatuo e ignorante sujeto, a quien tenían en Alicante por un prodigio, y que como “vedette” llevaron a la fiscalía. Vidal Gil fué en manos de Primo de Rivera un pobre muñeco de trapo. A los pocos minutos del interrogatorio, no era aquello un juicio; aquello era la gloriosa apoteosis del genio creador de la Falange.

Terminada la primera sesión, hubo cabildeos, reuniones misteriosas, desesperados proyectos para acabar con aquel “vergonzoso espectáculo”. No se sabía a quién designar para el cargo de fiscal. Se pensó en un abogado joven, muy conocido en Alicante, y tenido por hombre de valía, a la sazón preso, ofreciéndole la libertad si aceptaba el nombramiento. Era el mismo que fué agredido a tiros en una defensa.

El muchacho, de quien no podemos hablar más, por las consecuencias que podría tener para él y los suyos, se negó a aceptar el cargo. Sabía lo que se jugaba; pero sabía también cuál era su deber, y lo cumplió.

El informe del fiscal fué catastrófico. Temía el Vidal la réplica del procesado. Y fué una cosa tímida, balbuciente, sin contextura, hasta sin hilación. Cuando José Antonio empezó su informe se sentía en el aire vibrar algo divino. No se preocupó de sí mismo. Defendió a los suyos, y sobre todo defendió a los oficiales de prisión. Llegó en un

momento a adueñarse del público, en forma tal que los jurados estaban lívidos de miedo.

—“Vais a condenarme a muerte—dijo—, y soy lo suficientemente sincero para no deciros que no lo sentiré. La vida para mí es bella y buena. Pero para comprar España es muy barato el precio. Vale ella mucho más que lo que doy en cambio. Pero no soñéis con que al matarme a mí muera la Falange. Mi muerte, para ella, es un dolor; pero no un daño“.

La deliberación de los jurados fué digna de la inmortalidad. Era imposible condenar. Los oficiales de prisión habían demostrado hasta la saciedad su absoluta inocencia en la realización de los hechos imputados. José Antonio no había tenido comunicaciones no controladas con persona alguna. No se había celebrado ninguna suerte de entrevistas, y no había, por tanto, ninguna clase de infidelidad, complicidad o participación en la preparación del movimiento.

No se les podía condenar. Ni aun estando dispuestos a saltarse toda clase de principios jurídicos.

Pero si no se condenaba a los oficiales, ¿cómo condenar a José Antonio? A lo sumo, podría estimársele como notoriamente desafecto al régimen. Pero actos de participación en el Alzamiento no se le podían atribuir.

Por otra parte, el Vidal Gil, después del aplastante ridículo que había corrido, intentando enfrentarse con el César, no se atrevió a intervenir en la deliberación.

José Antonio había, además, impresionado grandemente a los jurados. La deliberación se prolongaba. Cuando, por fin, se votó, el resultado fué un empate. Es decir, la negativa, y con ella la imposibilidad de la pena de muerte.

Pero, una vez más en la historia, hubo quien quiso conquistar la inmortalidad. Y fué uno de los jurados, representante del partido socialista. Un tal Doménech, dependiente de una ferretería muy popular en Alicante, la casa Penades y Chorro.

Este energúmeno, con extraña debilidad por las cazadoras de terciopelo, las pistolas complicadas y los puestos de retaguardia, se alzó, intentando, con elefantina dialéctica, destruir los efectos del discurso del Jefe nacional. Pero las palabras de éste habían dejado honda huella en los jurados. Por otra parte, era a mediados de Noviembre. Las tropas nacionales estaban en la Ciudad Universitaria... y no se podía jugar.

Pero Doménech tuvo un gesto: sacó la hasta entonces ornamental pistola y exigió el veredicto condenatorio.

El escándalo trascendió al público, los jurados se atemorizaron y llegaron a una transacción. Condenarían a muerte a José Antonio, a cadena perpetua a su hermana Pilar, a su hermano Miguel y a la esposa de éste, y se absolvería a los oficiales de prisiones.

Se aceptó. Y se pronunció una sentencia en la que se declaraba probado que José Antonio, preso en la cárcel, había conspirado sin la complicidad, ni la negligencia siquiera, de los encargados de su custodia.

«DOMINGO, de San Sebastián».



Testamento de José Antonio

Testamento que redacta y otorga José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, de treinta y tres años, soltero, abogado, natural y vecino de Madrid, hijo de Miguel y Casilda (que en paz descansen); en la Prisión provincial de Alicante, a diez y ocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis.

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra, el querer dejar en esta coyuntura cuenta sobre algunos de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecería desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aún, después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos, y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía del otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez, expliqué ante el tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí!» Y ciertamente no hubiéramos estado allí, ni yo ante un Tribunal popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganando para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto atendí y no a granjearme con gallardías de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice «responsable de todo», ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanta asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aun pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que la quemara

en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de haberseme aislado a drede en medio de una región que a tal fin se declaró sumisa, declaro que esta sospecha no está, ni mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo me queda por rectificar: El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos, sólo fué roto por un periodista norteamericano, que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta que hace cinco o seis días conocí el sumario instruido contra mí no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con "mercenarios traídos de fuera". Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en Africa heroicos servicios. Ni puedo desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabia o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrina de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la patria, el pan y la justicia.

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con toda el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual paso a ordenar mi última voluntad en las siguientes

CLÁUSULAS

Primera.—Deseo ser enterrado conforme al rito de la Religión Católica, Apostólica, Romana que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz.

Segunda.—Instituyo herederos míos por partes iguales a mis cuatro hermanos Miguel, Carmen, Pilar y Fernando Primo de Rivera y Sánz de Heredia, con derecho de acrecer entre ellos si alguno me premuriese sin dejar descendencia. Si la hubiere dejado, pase a ella en partes iguales, por estirpes, la parte que hubiera correspondido a



T A R E A

mi hermano premuerto. Esta disposición vale, aunque la muerte de mi hermano haya ocurrido antes de otorgar yo este testamento.

Tercera.—No ordeno legado alguno ni impongo a mis herederos carga jurídicamente exigible, pero les ruego:

A) Que atiendan en todo con mis bienes a la comodidad y regalo de nuestra tía María Jesús Primo de Rivera y Orbaneja, cuya maternal abnegación y afectuosa entereza en los veintisiete años que lleva a nuestro cargo no podremos pagar con tesoros de agradecimiento.

B) Que, en recuerdo mío, den algunos de mis bienes y objetos usuales a mis compañeros de despacho, especialmente a Rafael Garcerán, Andrés de la Cuerda y Manuel Sarrión, tan leales durante años y años, tan eficaces y tan pacientes con mi nada cómoda compañía. A ellos y a todos los demás doy las gracias y les pido que me recuerden sin demasiado enojo.

C) Que repartan también otros objetos personales entre mis mejores amigos, que ellos conocen bien, y muy señaladamente entre aquellos que durante más tiempo y más de cerca han compartido conmigo las alegrías y adversidades de nuestra Falange Española. Ellos y los demás camaradas ocupan en estos momentos en mi corazón un puesto fraternal.

D) Que gratifiquen a los servidores más antiguos de nuestra casa, a los que agradezco su lealtad y pido perdón por las incomodidades que me deban.

Cuarta.—Nombro albaceas contadores y partidores de mi herencia, solidariamente, por término de tres años y con las máximas atribuciones habituales a mis entrañables amigos de toda la vida Raimundo Fernández Cuesta y Merelo y Ramón Serrano Suñer, a quienes ruego especialmente:

A) Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en períodos atrasado de elaboración, así como cualesquiera libros prohibidos por la Iglesia o de perniciosa lectura que pudieran hallarse entre los míos.

B) Que coleccionen todos mis discursos, artículos, circulares, prólogos de libros, etc, no para publicarlos—salvo que lo juzguen indispensable—sino para que sirvan de pieza de justificación cuando se discuta este período de la política española en que mis camaradas y yo hemos intervenido.

C) Que provean a sustituirme urgentemente en la dirección de los asuntos profesionales que me están encomendados, con ayuda de Garcerán, Sarrión y Matilla, y a cobrar algunas minutas que se me deben.

D) Que con la mayor premura y eficacia posible hagan llegar a las personas y entidades agraviadas a que me refiero en la introducción de este testamento, las solemnes rectificaciones que contiene.

Por todo lo cual les doy desde ahora las más cordiales gracias. Y en estos términos dejo ordenado mi testamento en Alicante el citado día diez y ocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis, a las cinco de la tarde, en otras tres hojas además de esta, todas foliadas, fechadas y firmadas al margen.





José Antonio Primo de Rivera
Fundador de la Falange Española

Ayuntamiento de Madrid

JOSÉ ANTONIO



T A R E A

Franco ha dicho a su Consejo Nacional que ha muerto José Antonio. Por vez primera, le ha temblado la voz serena e imperiosa que ordena y gana las batallas.

¡Cómo amaré esta claridad, esta dura certeza de la muerte su alma clásica, a pleno sol, enemiga de la niebla!

Porque durante muchos meses sus camaradas le llamaron bellamente "el Ausente" por piadoso romanticismo. Pero él no era romántico.

Porque el romanticismo es el liberalismo en la literatura. Es el individualismo que lleva a la anarquía. Porque el romanticismo no ha sido nunca umbral de hierro de los Imperios, sino arco de rosas de las decadencias.

José Antonio amaba la unidad, la medida, la norma. A la lira semita, oriental, colgada del sauce de Babilonia, que canta, alocada, con todos los vientos, él opone la firmeza pitagórica de los números.

Por eso, desdeñando el folklore, el musgo, el prado nativo, la gaita añorante, el concepto romántico de la Patria, la definió como unidad de destino, porque él sabía que el prado se agosta, pero que desde el principio del mundo dos más dos han sumado siempre cuatro.

Por eso también en el paraíso católico de la Falange no existe una anarquía de nubes y de arpas, sino ángeles verticales con espadas.

José Antonio amó la claridad y la disciplina. Para el agua, acueductos; para el verso, sonetos.

Frente a la horda, el ejército; frente a la masa, la jerarquía.

Pero una profunda y entrañable humanidad salvó siempre su pensamiento de la frialdad de las normas.

Quería que el agua conducida no perdiera nunca la alegría de la espuma ni el vigor del torrente. Para someter no es preciso esterilizar. Se puede canalizar con inerte cemento, pero también con piedra viva.

No quiso nunca que la política muriera en la administración, ni los sueños, las ilusiones de un pueblo; terminaran en burocracia.

Porque no bastan las estadísticas, el orden material o los códigos. Es preciso medir, pero con hermosas medidas. Es cierto que él numeró sus muertos, pero no lo hizo con frías cifras, sino con astros luminosos.

José Antonio es el primer político español que afirma que los pueblos son contruidos por los poetas; que hay que oponer a la poesía que destruye la poesía que edifica.

El es en realidad nuestro primer poeta. Acaso su frase más genial sea ésta: "El camino más corto entre dos puntos pasa por las estrellas".

Y por las estrellas, salpicándolas de sangre, ha tenido que pasar la juventud de España para salvar la patria. Que nada en el mundo es más eficaz que la gallardía.

José Antonio era joven, enérgico, tribuno ardoroso, combatiente resuelto. Poseía fantasía, delicadeza, ímpetu y finura. Atesoraba todas las condiciones de un joven César. Mejor aún, de un paladín cristiano. Un día me decía, certeramente, Eugenio Montes: "Es el Amadís de Gaula de nuestra generación".

Se sabía portador de un tremendo mensaje y aquéllo daba a sus ojos la tristeza de los profetas que mueren siempre antes de pisar los viñedos de Canaán. El dolor incomprendido de los que avizoran el futuro. Terrible tragedia del que ve claro y está rodeado de ciegos, del que anuncia como un centinela el amanecer mientras los otros duermen todavía.

Todo alto destino es absorbente y exige una total renuncia. Y para José Antonio era aún más difícil renunciar, porque amaba apasionadamente la vida y apreciaba, en su valor, la alegría de su sangre.

Era Marqués de Estella, tenía un gran bufete, los amigos de su padre, sus periódicos, le saludaban como príncipe heredero de la Dictadura. Así hizo su aparición en nuestra vida política.

Dejarse llevar por aquella amable corriente era lo cómodo, pero él, como verdadero espíritu selecto que era, amaba lo difícil.

A su padre le habían odiado muchos que hubieran podido comprenderle. Los intelectuales, la juventud universitaria conducida por ellos, habían bautizado de indignos a aquellos siete años de paz y de honor militar. Y era preciso ganarlos. Cada generación posee un idioma propio que no comprenden las generaciones anteriores. El lo hablaba perfectamente.

Comienzan sus tanteos hacia la gloria. Se funda el "Fascio Español" y aquello fracasa. Y él se dió cuenta que no se podían galvanizar los viejos partidos cambiándoles de apellido.

La hora era propicia. Ortega y Gasset va a desautorizar a la República; la juventud se cansa de Américo de Castro, de Fernando de los Ríos, del laicismo y de Ginebra; con su mechón rebelde, Ramiro Ledesma Ramos capitanea ya por cafés y tertulias, ateneos y callejuelas, el ímpetu jonista y edifica todo un cuerpo de doctrina, Giménez Caballero ha escrito "Genio de España" y alborea, hacia Valladolid, Onésimo Redondo, castellano, rural y religioso, como un granero en un claustro románico.

El cielo está cargado de presagios. Ha sonado la gran hora; va a nacer la Falange. Allí está el hombre.

Los eruditos futuros, estudiarán la formación cultural de José Antonio, la fuente que le nutrieron, la influencia de Sánchez Mazas, los antecedentes de su doctrina, lo que debe a las JONS y a Ortega. Yo no he de intentarlo. ¿Quién se para a recordar la composición química de la ola cuando ésta nos arrastra irresistible?

Yo sólo sé que estábamos ignominiosamente tranquilos, resignados y escépticos, y que su voz potente nos despertó a todos, nos zarandeo violentamente, nos incendió de arriba abajo. Nos dió intranquilidad y coraje.

No niego que antes de él se hubieran atesorado grandes verdades, pero José Antonio acuñó aquél oro, lo puso en circulación, lo hizo saltar del olvido de los libros y las revistas a la sangre, a los sesos, al alma de la juventud. Los profetas que traen el mensaje, cogen los Viejos Testamentos de unos grupos y los convierten en religión universal.

José Antonio creó un nuevo estilo, definió genialmente a la Patria dando argumentós definitivos para preservarla de todo separatismo, e incorporó el gran sentido católico de nuestra cultura a su gran obra de reconstrucción nacional. Al internacionalismo, al materialismo, a las luchas de patronos y obreros de los marxistas, él opuso, sereno, el imperio, la catolicidad y la armonía de las clases.

Se dijo de él, interpretando mal su elegante comprensión, que en el fondo era liberal y rusoniano. Pero José Antonio clavó en lo alto de nuestro pensamiento verdades intangibles, que no podrían derribar el vaivén de los sufragios, y para cuya defensa debía emplearse, si era preciso, la dialéctica de las pistolas. Una y mil veces le hemos oído decir "que el pueblo que es capaz de amor o de odio no puede ser nunca sujeto de conocimiento".

Lo que sí pretendía José Antonio era encontrar una fórmula que hiciera compatible las exigencias de un régimen autoritario con su profundo respeto católico al alma del hombre "portadora de valores eternos y capaz de salvarse o de condenarse.

La brevedad de un artículo nos impide hacer historia. En un Madrid, en una España estéril, llera de mentiras y de artificio donde sonaban grises las tediosas palabras de "escrutinio", "quorum", "comisiones" y "votaciones nominales", él nos dijo palabras milenarias y eternas de luceros y de lucha, guerra y amor, amanecer y entrañas.

A una juventud miope de oposiciones y de instrucción libre, todavía con la amargura del 98, él la entregó himnos y banderas. Cuando languidecíamos sin fe, él nos dió el sentido religioso y militar que salva a los pueblos. Después vino la lucha, los muertos en las esquinas, el paréntesis populista que quiso enjaular a las Águilas, el triunfo marxista y la viril rebelión de Franco. José Antonio se no ha ido para siempre, pero aquí está su voz congregándonos.

En nuestras montañas sus banderas; sobre el mar y en el aire, su himno y sus 26 puntos luminosos, que transformarán a España, a la sombra victoriosa de las espadas.

En una tarde lluviosa de San Sebastián, he leído la confirmación de tu muerte, que desgarrándose el corazón ya nos había anunciado hace meses Fernández Cuesta.

José Antonio, jefe, camarada, amigo mío, desde mi lluvia y mi tristeza vayan estas líneas hacia tu tumba descorocida, bajo las ardorosas palmeras de Alicante, y que ese mar, hoy ruso, todavía helado por los aceites soviéticos de los barcos de Odesa, vuelva pronto, por la gracia de tu sangre, a ser español y latino, con la columna, el panal y el racimo de la vieja cultura Mediterránea.

«ESPAÑA, de Tánger».

AGUSTÍN DE FOXÁ, CONDE DE FOXÁ.



T A R E A

Habla el camarada Fernández Cuesta

Con motivo de la gran concentración juvenil, celebrada en Sevilla el 29 de Octubre, "Día de los Caídos", el Secretario General del Movimiento, camarada Raimundo Fernández Cuesta, pronunció un bello discurso, que por ser una evocación emocionada de José Antonio, creemos encaja perfectamente en este suplemento que dedicamos a la memoria del llorado Jefe Nacional de Falange Española.

Creemos que nuestros lectores leerán con gran satisfacción la magistral oración pronunciada por el camarada Fernández Cuesta.

El Secretario del Movimiento empezó así su brillante disertación:

Vuelvo a hablar en Sevilla, en esta fecha inolvidable para mí de doble emoción, pues al valor evocador que en sí encierra, se une el de ser aniversario de la primera vez que lo hice públicamente, después de recobrar por obra del Caudillo, a quien renuevo públicamente mi gratitud, mi personalidad de ser libre y dejar la de paria.

Evocación emocionante de José Antonio.

Entonces, como hoy, celebramos este acto en recuerdo de los caídos por la Patria; pero en este año el acto tiene una dimensión excepcional, porque hasta ahora en la sacra legión de esos caídos faltaba el capitán. Hoy ya les acompaña, para nuestro dolor. Hoy marcha a la vanguardia de sus líneas, mandando sus escuadras. Hoy la figura de ese Capitán deja de ser neblina y vaguedad para volver a ser la precisión y claridad que tanto amaba. Hoy la llevamos clavada en nuestro ser como espina punzante que hace brotar la sangre y nos corta el sosiego, la trágica certeza de que no volverá; pero tenemos también contrastada en todas las pruebas y todos los dolores otra certeza incommovible, la de nuestro recuerdo inagotable hacia él. Por eso, flechas de España os habéis congregado aquí, en este día, para rendir el homenaje de nuestra presencia a los caídos y especialmente a José Antonio, símbolo de todos los os y de la juventud española.

Por eso habéis venido a escuchar mi palabra, que en estos instantes quisiera que fuera la más elocuente de todas las humanas para que pudiera ponerse o tono con la grandeza del recuerdo y el homenaje, y para que fuese fiel reflejo de mis sentimientos y de mi emoción. Y por eso mi discurso va a referirse principalmente a José Antonio, a su vida, a su obra, a su figura ingente e indiscutida encarnación de la unidad armónica de todos los españoles.

Si se pudiera describir con una palabra a José Antonio, esa palabra sería la armonía; José Antonio es la armonía y como resultante de esa armonía, la unidad.

Armonía de su vida.

Armonía como hombre y como político.

Armonía entre la timidez y dulzura de su temperamento con la audacia nacida del raciocinio y su férrea voluntad; armonía de su cerebro genial, de su cultura profunda, con su prestancia física y viril; armonía de la precisión matemática de sus conceptos con la lírica subjetividad de sus expresiones; armonía entre el sentido de lo colectivo y el respeto a la individualidad, de su fe en el pueblo, con su cualidad de héroe, de la elegante aristocracia de su espíritu, con el contenido profundamente humano de sus tareas cotidianas; de su refinamiento de hombre mimado por la vida y la fortuna con el misticismo que brotaba de su alma y su religiosidad, y armonía, entre la

resignación con que acoge el trance tremendo de la muerte y la vitalidad desbordante con que la ata a la vida con fuerza de titán. «No es alegre morir cuando se es joven—nos escribió—pero espero la muerte con conformidad.»

Armonía de su doctrina política.

Y esa clara armonía en su vida maravillosa, que sólo Dios concede a los elegidos para demostrar su predilección, la que se refleja también en la doctrina política que él creara.

Cuando España parecía condenada a debatirse inútilmente y para siempre, entre la saña y rencor, de un lado, y el temor y la comodidad, de otro, entre el vaivén de posiciones laterales, visiones falsificadas o incompletas, JOSE ANTONIO, que en cualquiera de ellas hubiera hallado fácil acogimiento, enajenando amistades y prejuicios, incluso violentando íntimas inclinaciones, tendencias derivadas del ambiente social en que viviera, supo llegar a lo hondo de España, descubrió sus raíces, las sacó a luz despojadas de toda la hojarasca liberal y del cieno marxista y la transplantó a una tierra más fértil donde había de ser regada por la sangre de la juventud.

El nos descubrió el camino que habría de llevarnos a una patria entera, aunque ese camino fuese el difícil y áspero y aunque aquellos que lo emprendieron supieran de antemano que muy pocos lo habían de terminar. Pues bien; ese camino lo ilumina la idea de armonía de que antes hablara; no quiere que los españoles lo recorran cada uno desde las alturas que lo dominan separados y recelosos, sino que vayan por el centro de la calzada agarrados del brazo, ayudándose mutuamente a levantarse y quitando juntos los obstáculos que lo cierren. El nos ha dicho verdades absolutas que quizá otros también dijeran; pero hizo algo más, las ha dicho con un estilo nuevo y las puso en contacto con otras relativas o aparentes, aprovechando lo bueno que pudieran tener y desechando los errores; él las avaló con la ejemplaridad de su conducta, las alejó de la fría teoría, les dió vida y calor de realidad y, sobre todo, supo poner en pie de guerra, en línea de combate como él dijo, a la juventud española, haciendo que amara esas verdades con tal delirio, que se metieran tan dentro de su ser, que esa juventud ha muerto y está dispuesta a seguir muriendo por defenderlas e implantarlas a la sombra de la bandera símbolo de la Patria y de esa otra roja como la sangre y negra como el dolor. (Ovación).

José Antonio, iniciador de la gran tarea.

José Antonio inició la tarea de caracteres épicos. A él en tiempos normales y tranquilos no podían entenderle. Ansiaba unas cosas muy raras y difíciles. Hablaba un lenguaje original, tan original que a veces sonaba a ingenuidad o locura. En lugar de votos o de actas, de cargos o prebendas, de atmósfera asfixiante de las Cortes, de intrigas de pasillos o de comodidad, nos hablaba de estrellas, de luceros, de versos y poetas, de himnos y banderas, de guerras y de amor. La España que había de formarse con tales ingredientes no podía salir de unas elecciones, ni de los acuerdos tranquilos de unos cuantos santos políticos, sino de una conmoción como la actual a fuerza de giros y desgarros en la carne y en el alma, de una juventud estupenda, que a golpe de guerra nos ha de traer la España que él soñó. Formidable político, y precisamente por serlo, no señaló soluciones con espíritu de burócrata, ni formuló programas arbitristas, panaceas infalibles para traer la felicidad; pero en cambio nos enseñó a adoptar aptitudes serias y profundas entre los varios problemas de la vida, de entender ésta de manera diferente a la manera frívola y superficial que hasta que él nos habló habíamos llevado. José Antonio fué un español de cuerpo entero, su corazón amaba a la España que su cerebro comprendía, y porque la amaba hasta el frenesí la quiso entera y no partida, generosa y no mezquina, para que todos los españoles se sintieran dentro de ella, para que todos los españoles participásemos del regalo de esta cualidad y para que ninguno pudiera considerarse de casta diferente siendo hermanos.



José Antonio, símbolo de la unidad entre todos los españoles.

El encarnó la unidad de las tierras, de las clases y de los hombres, de lo nacional con lo social, de la tradición con el futuro, de la autoridad con la revolución, y por eso su figura se recorta en el horizonte de la tormentosa política española de estos últimos años, como la representación de la unión entre todos los españoles, mediante una doctrina que funde en una síntesis superior lo bueno que tenían las demás doctrinas políticas que en España existían. Y cuando entre la estéril pugna de las derechas y de las izquierdas hizo pública por primera vez esa doctrina, hoy hace cinco años, en el teatro de la Comedia, de Madrid, pocos la apreciaron exactamente, el que más la valoró como la opinión de un chico aprovechado; y sin embargo, si la hubieran aceptado y la hubieran convertido en realidad, se hubiera evitado la tragedia actual. Lejos de ocurrir así, contra el hombre que la encarnaba se esgrimieron toda clase de armas; la del aislamiento, la de la ironía punzante y desconsiderada, la del cerco económico, hasta que fué encerrado entre barrotes cual águila que se enjaula por temor a que se remonte tan alto que nadie pueda seguirla en su vuelo majestuoso, para caer una mañana de noviembre sobre las frías losas de una cárcel levantina, asesinado por aquellos que en su odio no acertaron a adivinar que mataban al hombre que no tenía otra ilusión que la de redimir económica y espiritualmente a los mismos que le mataban, creando un orden nuevo y metiéndoles en el alma el amor a España. (Ovación).

Camarada y amigo: te marchaste en plena juventud, como los elegidos de los dioses. Como Sigfrido, te enfrentaste con el Dragón. Como Amadís, luchaste por la dama de tus desvelos para salvarla de brujas y endriagos. Como Garcilaso, hiciste poesías y caíste por el Imperio sin casco ni coraza, a cara descubierta, al asaltar el castillo de tus ilusiones. En tierra de palmeras gallardas cual tú eras y cerca del mar Mediterráneo, clásico como tu cultura, luminoso como tu cerebro y azul como tu camisa, reposa por ahora tu cuerpo, pero tu alma habrá entrado ya en ese paraíso que cantarás, donde en las jambas de las puertas, juntos a los ángeles con espadas, hacen guardia tus escuadras caídas cara al sol por Dios y por España, totalmente victoriosas de sus enemigos, sin pactos ni mediación. (Ovación).

La mediación en la guerra sería una ofensa a José Antonio.

Por eso cuantos por ahí hablan de ella ofenden tu memoria; tú la ofreciste y al matarte a tí la mataron también. Hoy no cabe otra que el reconocimiento de la victoria rotunda del Caudillo y la aceptación de los 26 puntos que elevara a norma del Estado, pues en ellos reside la única posibilidad de acuerdo y conciliación entre los españoles, abriendo ideales que pueden ser comunes también a todos los españoles.

Si los rojos saben perfectamente que han perdido la guerra, si a todas horas dicen que han asimilado la idea de la Patria, la de unidad de mando, la de unidad territorial, al prescindir de los separatismos, si han adquirido la convicción de la necesidad de un Ejército fuerte y poderoso, de la ineficacia de las internacionales, al comprobar que su ayuda está condicionada a las conveniencias de la política nacional, como sucede incluso con Rusia, y si el Caudillo les ofrece un perdón generoso y un régimen humano y justo, donde todas las reivindicaciones sociales, que no rocen con intereses superiores de la nación han de ser satisfechas, ¿por qué no se rinden ya?, ¿a qué esperan? Pues sencillamente porque no conviene a sus dirigentes, porque a éstos mejor que una derrota completa, nacida del triunfo de nuestras armas, es una derrota nacida de una mediación que les permita justificarse ante sus masas. Viéndose perdidos, a ellos y a sus amigos de Europa les importa tan sólo encontrar una fórmula que les permita llegar a esa mediación.

¿Monarquía? ¿República? Todos le es igual con tal de que no triunfe Franco y lo que él significa. Lo esencial es volver a un régimen liberal de turnos de partidos, propagandas demoleadoras, campañas de prensa,



T A R E A

habilidades parlamentarias y demás resortes, que ellos, tan duchos en estas lides, manejan a la perfección y que dentro de unos años les permitirían recobrar las posiciones que ahora pierden.

Quienes son los que añoran el orden viejo.

Para eso están dispuestos a aliarse con quien sea, y lo más triste es que no faltan gentes, que se dicen de la banda de acá, y que en su antipatía a la Falange quieren cosa análoga o semejante. ¿Y quiénes son éstos? Pues los que quieren empalmar no con la España de la Dictadura, sino con la anterior. Los que suponen que seguimos en el año 23, los que ven a España a través del Alcubilla y de la más rancia legalidad, con visión chiquitita, raquílica y detallista. Los que aún hablan de nobles y plebeyos, nos encuentran poco elegantes y entienden que llevar un nombre glorioso en la Historia de España es fuente de privilegios en lugar de ser carga difícil de soportar. (Atronadora ovación).

Los que no se resignan a perder sus posiciones y creen que la guerra se hace para evitar que el marxismo les desaloje de ellas. Los liberaloides y populistas, convencidos de que con nosotros nada les queda por hacer, los que presumen de religiosidad, aunque el ser religioso les sirva tan sólo para hacer su política y algunos magnates de la finanza. En resumen, los supervivientes de la catástrofe, los últimos restos del orden viejo que la guerra ha venido a destruir.

La crítica y la difamación son prueba de que se nos teme.

Pero unos y otros se equivocan de medio a medio si creen nos preocupa. Nos podrá entristecer el pensar que al cabo del tiempo transcurrido y de los incalculables servicios prestados, antes y después de estallar el Movimiento nacional, la Falange tenga que gastar tiempo en ocuparse de ellos. Nos entristecerá también el pensar que no es el mejor procedimiento, el más disciplinado para lograr una Patria unida, el seguir combatiendo al partido que por decisión libérrimamente adoptada y libérrimamente mantenida por el Caudillo, es el único de España. Pero en el fondo nos alegran esas campañas, porque son pruebas de que se nos temen. Por eso a los que critican de buena fe les decimos: ¿No os dáis cuenta de que estáis haciendo el juego a los enemigos comunes, a gentes que obedecen a consignas perfectamente meditadas? Pues si no os la dáis abrid los ojos, y si ya los tenéis abiertos e insistís en vuestras críticas, entonces os incluimos en la lista de los que estamos decididos a no tolerar vuelvan a ejercer su influencia en la vida política, si no hacen previamente abjuración pública de sus errores y no dan pruebas de acatamiento y disciplina. (Ovación).

Exhortación a la unidad de los españoles.

Por eso hoy en esta solemne ocasión, y en recuerdo a la sangre de los caídos, con toda cordialidad, pedimos a los españoles que aún no lo han hecho que dejen sus pequeñas pasiones, sus egoísmos, sus rencillas, que piensen lo que está pasando España, sus dolores y sus tragedias y que se incorporen al espíritu de la Falange Española Tradicionalista de las JONS, porque ella no retrocederá ya en el camino emprendido, ni hay poder humano que pueda conseguirlo si lo intentaran. Ella, con el ímpetu de la ola, arrollará todos los obstáculos que se le presenten, pues para eso lleva delante un Caudillo y detrás a la juventud española, la que vive y la que murió. Serán unos o serán otros sus representantes; pero la idea ha arraigado ya. Sus raíces se han extendido con tan fuerza, que es imposible arrancarlas de la tierra regada con la sangre de los mártires, cuyo recuerdo conmemoramos. Vamos, pues, decididos a vigorizar el nuevo Estado, a reforzar sus fuerzas históricas con la incorporación del proletariado, de manera semejante a como se vigorizó con la revolución francesa al incorporar a él las fuerzas de la burguesía naciente.

Pero así como entonces fué decidido disciplinar el espíritu jacobino que esa burguesía iniciara, así tenemos también de eliminar el mar-



T A R E A

xista internacional que envenena a las masas proletarias, disciplinarlas y darlas un sentido nacional.

Vamos, pues, decididos a construir un nuevo Estado, no sólo con el ímpetu de esas masas proletarias, sino de todos aquellos núcleos que, sin serlo, ni ser responsables del orden económico actual, han demostrado que el marxismo no agota la capacidad revolucionaria como se creía generalmente y él mismo proclamaba.

El servicio de la Falange a España.

Y al recoger esa bandera la Falange, como dije en Valladolid el domingo último, ha prestado un servicio a España que no sabemos si habrá sido apreciado en todo su valor, pues ha arrancado de las filas marxistas a todos los españoles sanos que de buena fe sienten la necesidad de que en España se haga, al fin, la transformación que venimos anhelando hace años. Y es que mientras en otros países, en Francia por ejemplo, su revolución trajo consecuencias económicas, pues desmontó el régimen de propiedad feudal, creando otra clase propietaria, la burguesía que aún subsiste, en España sólo produjo consecuencias de tipo político, declaración de derechos, de libertades civiles y ninguna económica, pues la de más trascendencia, la desamortización, no produjo los resultados que debiera, pues no hizo otra cosa sino trasladar parte de la propiedad española de las llamadas manos muertas a otras demasiado vivas, sin que el pueblo tuviera la menor ventaja y dando origen indebido a importantes fortunas, muchos de cuyos titulares hoy serán conservadores y enemigos de la Falange. (Grandes aplausos).

Pero como la Revolución no es un movimiento epiléptico, sino una voluntad constante y una permanente decisión, y como es muy difícil, cuando no imposible, el hacerla al par de una guerra, porque en ésta hay que concentrar todas las energías, aunar todos los esfuerzos y procurar lesionar los menos intereses posibles, a los que nos critican por no ir demasiado deprisa les decimos que no olviden esas razones y esas circunstancias y cuanto a pesar de ello hemos hecho, y les preguntamos también si no buscan el desacreditarnos porque en el fondo están deseando que nada se realice.

La hora de la juventud.

Juventudes españolas: Vuestra hora ha sonado en el reloj de la Historia. Dios ha querido que vuestra juventud física haya coincidido precisamente con el momento en que la suerte de España se va a decidir para muchos años, o quizá haya sido vuestro ímpetu el determinante de que ese momento surgiera. Es lo mismo. Lo cierto es que a vuestra generación le ha correspondido la tarea histórica de dar sustancia a la España que se está formando. No escamoteéis la tarea ni consentáis que nadie ponga obstáculos a vuestra obra, pues si así lo hiciérais, cuando el tiempo implacable ponga nieve en vuestras sienes y arrugas en vuestro rostro, tendréis el remordimiento, la tristeza, de haber desaprovechado la coyuntura.

Flechas de España: Tened la fe que tienen vuestros hermanos mayores que luchan en las trincheras con heroísmo asombroso, muchos de los cuales han caído justamente para que vosotros podáis vivir; educaros en la idea de amor hacia la juventud envenenada del otro lado de vuestros parapetos, para que en el día de mañana vuestro ejemplo y conducta, vuestro auténtico patriotismo y vuestro exacto concepto del deber y la justicia permitan salvar los abismos de rencor que sus padres abrieron.

Sed religiosos, sin faraseísmos, fuertes sin majezas, cultos sin pedantería, y poner en la Patria y el Caudillo que la simboliza el ideal de vuestra vida.

Juventud de la Patria, la que combate en los frentes y la que por sus pocos años aún no lo puede hacer. Eres el aliento y el estímulo para nuestra empresa; tú la terminarás, y entonces, cuando la hayas terminado y España sea realmente grande y libre, acuérdate de unos hombres que la iniciaron y hazles la justicia de pronunciar su nombre alguna vez. ¡Arriba España!

Himno de Falange

Cara al sol, con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer,
me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver

Formaré junto a mis compañeros
que hacen guardia sobre los luceros
imposible el ademán
y están presentes en nuestro afán

Si te dicen que caí,
me fui
al puesto que tengo allí

Volverán banderas victoriosas
al paso alegre de la paz,
y traerán prendidas cinco rosas
las flechas de mi haz

Volverá a reir la Primavera
que por cielo, tierra y mar se espera
¡Arriba escuadras, a vencer!
que en España empieza a amanecer

¡España, UNA!
¡España, GRANDE!
¡España, LIBRE!

¡¡ARRIBA ESPAÑA!!